



JUAN CARLOS OLITE, *Las ilusiones metafísicas de un cerebro primate*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2018, 259 p. ISBN: 978-84-17358-64-8.

Juan Carlos Olite es doctor en Filosofía por la Universidad de Zaragoza y profesor del IES Virgen del Pilar de la misma ciudad. Debido a esto último, ha participado en numerosos proyectos de innovación pedagógica en la enseñanza secundaria y bachillerato como *El ajedrez como herramienta educativa* o un blog escolar llamado *La moneda de Schopenhauer*. Actualmente, y como se podrá observar en este libro, está dedicando especial atención al estudio de las relaciones de la psicología cognitiva y la antropología evolucionista con la génesis del pensamiento filosófico.

Aunque su bibliografía es muy amplia, los principales autores en los que se basa son Humphrey, Dennet, Damasio, Nietzsche, Hume, Kafka, Descartes o Unamuno entre otros. Olite mantiene un método de trabajo muy claro durante toda su obra: compara los puntos de vista de varios autores y analiza los experimentos efectuados alrededor del tema para ir hilándolos con su argumentación principal. La tesis principal que defiende el autor es que nuestro cerebro de primate ha demostrado ser mentiroso, cotilla, supersticioso, engreído, doliente y transmundano con lo que respecta a sus ideas, a la metafísica. Así, el autor tratará de defender cada uno de estos adjetivos, correspondiendo con los diferentes apartados que tiene el libro. Para ello, como ya hemos avanzado anteriormente, dará ejemplos de casos prácticos generalmente en bebés y niños. Todo esto para hacernos ver una realidad que nunca nos habíamos planteado. El libro está dividido en 4 capítulos, el prólogo y el epílogo. En cada capítulo el autor tratará de explicar y demostrar por qué considera que el cerebro es todos los adjetivos que hemos comentado anteriormente. Esto, desde el principio, logra captar la atención, pues resulta curioso averiguar el porqué de estas afirmaciones. Aunque sea de forma inconsciente y no nos hayamos dado cuenta de ello, pues como dice en el mismo título del prólogo, es inevitable tener estas ideas metafísicas.

En la obra se ve cómo todos esos adjetivos que el autor le atribuye a nuestro cerebro tienen que ver con el hecho de que vivimos en sociedad. Simplemente por no estar solos sino que convivimos con más personas, a la vista de otros ya cambia tu perspectiva y las ideas que forma tu cerebro con respecto a eso. De igual modo que trata la idea de los espejos y la concepción de nosotros mismos, trata el ser conscientes de que los demás también nos ven y tienen ideas sobre nosotros igual que nosotros las

tenemos sobre ellos. Inconscientemente damos un valor, unos prejuicios a las imágenes que se sitúan fuera de nosotros. Por esta razón también sabemos que los demás los tendrán con respecto a nosotros, por lo que tratamos de controlar la imagen que damos, cómo hablamos de nosotros o nos relacionamos para tratar que esta imagen nos favorezca, que potencie nuestra persona. Lo que acaba resultando en ideas, y por ello metafísica, que inconscientemente nuestro cerebro construye para modificar o mejorar nuestro entorno y con ello nuestra vida. Uno de los ejemplos que propone que más me llamó la atención es el de dos personas totalmente desconocidas a las que se les propone que se presenten. Tras acabar, ambas creen que fueron totalmente honestas en todo lo que dijeron sobre ellos mismos, para sorprenderse luego, tras ver las grabaciones, de que no fue totalmente así y que edulcoraron sus relatos. Además, también elude a la imaginación de los niños, cómo juegan con algo que saben perfectamente que no es, como el caso del plátano-teléfono. Esta capacidad de hacer como-si fuera real, aún sabiendo y siendo totalmente conscientes de que no lo es, es otro argumento con el que Olite defiende su postura. Con esto, el autor logró demostrar que, aunque creamos lo contrario y sea inconscientemente, nuestro cerebro es mentiroso. De este modo, hemos visto la necesidad de un cerebro mentiroso pero, ¿por qué es cotilla? Queremos saber lo que la otra persona piensa con el fin de poder actuar de un modo u otro, nos adaptamos dependiendo de la situación, por lo que es necesario que el cerebro sea cotilla e investigue las ideas de otros cerebros. Se trata de una comunicación visual, entre miradas, en las que ambas partes se comportarán distinto dependiendo de lo que hayan interpretado de la mirada del otro.

Como hemos comentado antes, Olite pone ejemplos prácticos de experimentos efectuados en niños, pero también tiene en cuenta a los que sus cerebros funcionan de manera distinta como en el caso del autismo. De este modo, también analizará las repercusiones de no ser capaces de interpretar la mirada del otro, de simplemente sentirse solos, alejados de todo el mundo. En el caso del cerebro mentiroso, explica que los niños autistas no consiguen ver más allá de lo que hay, de lo que directamente están viendo, por lo que no entienden que otro niño esté usando un plátano como si fuera un teléfono y al pasárselo a un adulto, éste le sigue el juego. Para el niño autista, un plátano es simplemente eso. Con este tipo de ejemplos, el autor refuerza su tesis, explicando cómo hay casos en los que el cerebro no funciona de ese modo y usando esto para demostrar la necesidad de que así sea, poniendo como muestra los casos de autismo, en los que se puede apreciar una clara deficiencia.

Otro de los puntos que trata en su obra es que el cerebro primate es supersticioso. Esto se debe a nuestro gusto por descubrir lo que no podemos, lo oculto. El autor utilizará aquí el concepto de 'pensar desde lejos', que estaría en cierto modo relacionado con la manera con la que miramos a los demás que explicaba anteriormente, pues se trata de lo

mismo: tratan de descubrir lo que está fuera de nosotros y no podemos conocer a ciencia cierta. El problema que encontramos aquí es que raramente somos conscientes del entramado cognitivo que sustenta las creencias o reflexiones, por lo que de nuevo estaríamos frente a este cerebro primate que inconscientemente crea ilusiones metafísicas. No nos interesan las cosas como tal, queremos descubrir lo que ocultan, como si su esencia estuviera contenida en estas propiedades invisibles a nuestros ojos. Del mismo modo que es engreído porque cree de sí mismo que no necesita el cerebro para pensar, no necesita algo físico, su pensamiento, su ser se da sin la necesidad de un cerebro como la biología defiende. Esto implica que interpretamos la realidad de dos modos diferentes: la que vemos, como los objetos físicos, y la que no, como la de las mentes y las intenciones de cada una. De este modo, nuestro cerebro primate cree que sus ideas no tienen que ver con la materia, y por tanto no necesita de ella para que éstas se den. Esto estaría relacionado con el porqué es doliente, pues hay una clara diferencia entre nuestro pensamiento y lo que vemos. Para defender este argumento Olite cita a Parfit, que se consideraba atrapado por sus intuiciones y lo explica con el ejemplo de cuando mira por la ventana desde lo alto de un rascacielos y siente miedo a pesar de saberse seguro. Es decir, incluso cuando nuestra vista, la materia, los objetos físicos nos están demostrando que estamos seguros y que no debemos tener miedo, nuestra mente sigue creyéndose en peligro, provocándonos temor.

3

El último adjetivo que propone y que coincide con el último capítulo de su obra es el de transmundano. Esto puede verse fácilmente en la creencia en los diferentes dioses, algo que el cerebro ha construido para hacernos sentir mejor, pero que no deja de ser simplemente una ilusión. Uno de los ejemplos que expone el autor para defender su posición es la de los niños que tienen amigos imaginarios. Siendo éstos un claro ejemplo de algo externo, que los adultos, por ejemplo, no pueden ver ni participar y que tan solo el niño puede acceder a él, pensarlo, imaginarlo. Es una fabricación de su cerebro primate, una ilusión metafísica, como el mismo título de la obra dice.

Noelia Alfonso